

*Entrevista con Fernando del Paso*

# Un juntador de palabras

Elvira García

*El escritor monumental que responde al nombre de Fernando del Paso está próximo a cumplir 80 años, en 2015. En esta entrevista, el novelista que ha entregado a la literatura de lengua española tres obras superiores (José Trigo, Palinuro de México y Noticias del Imperio) habla con buen humor de su familia, sus hábitos de escritura e investigación, su relación con los premios y los lectores.*

“Yo no escribo para recibir premios, tampoco para tener dinero; si así fuera, no me tardaría diez años en cada obra”.

El dueño de esa declaración es este hombre llamado Fernando del Paso, portador de una voz que retumba de una pared a otra, una voz que nace de las profundidades de su espacioso pecho. No en vano ese hombre estuvo por casi 30 años ejerciendo todas las facetas que alguien puede ensayar detrás de un micrófono: conductor, lector de noticias, comentarista y, por qué no, hasta narrador de su propia obra. Con esa voz ese individuo proveyó a su familia del sustento diario, por más de tres décadas.

Porque no, claro que no fue con las regalías por la venta de sus libros que Fernando del Paso sacó adelante a su descendencia. Pese a la calidad de su obra literaria, ni las regalías abundaban ni los premios se multiplicaban en aquel tiempo.

Tal vez por eso prefiere proyectar un halo de indiferencia cuando le pregunto si le importa recibir premios.

Pareciera que esos, los reconocimientos, fuesen asunto alejado de su quehacer y acontecer diario de escritor. Por eso afirma con un dejo de distancia: “No escribo para tener premios, que me los den... pues qué bueno”.

## EL NOBEL DE LITERATURA

Y cuando la necesidad periodística me lleva a desempolvar y traer al tiempo actual una frase suya con la que nos recordó lo injusta que ha sido la Academia Sueca (“que ni a Tolstoi, ni a Zola, ni a Joyce ni a Borges le dio el Nobel”), le pregunto, ¿usted anhela tenerlo?

Tranquilo, Fernando del Paso y Morante, sin perder el ritmo de su sonora y timbrada voz, me asegura: “Escribo porque me gusta escribir y escribo lo que me gusta y, si hay una compensación aparte, qué bueno. Para mí, la primera gran compensación son los lectores. El hecho de que todavía hoy a un muchacho de 19 años le guste leer mis libros para mí es una gran satisfacción”.



Fernando del Paso

Desde hace décadas que don Fernando merece el Nobel de Literatura. Ya José Emilio Pacheco, en el primer *Inventario* de la segunda época de esa genial columna, que apareció en el número uno de la revista *Proceso* el 6 de noviembre de 1976, comentaba a propósito de lo que Artur Lundkvist —el único miembro de la Academia Sueca que leía en español— opinaba de los candidatos latinoamericanos que deberían recibir aquel galardón en los próximos años: Octavio Paz, Gabriel García Márquez y Alejo Carpentier. “Lundkvist —escribió Pacheco— ve posibilidades futuras para Mario Vargas Llosa y nuestro Fernando del Paso, reciente ganador del premio México”.

Sobrino bisnieto del historiador y escritor veracruzano Francisco del Paso y Troncoso, don Fernando lleva en los genes el interés de su antepasado por la medicina y la historia. Y confiesa: “escribo para otras generaciones, no para la mía y la de mis cuates. Si me dan premios, qué bueno, si se vende bien mi obra, qué bueno, esos son extras. Pero no escribo para eso. Ahora, si yo hiciera mis libros para ganar premios, podría decir que tuve éxito porque he ganado varios”.

Y sí: en 1966 recibió uno de los más anhelados de esa época, el Xavier Villaurrutia, luego el Novela México en 1975, el Rómulo Gallegos en el 82, el Premio al Mejor Libro Extranjero en Francia en 1985; el Maza-

tlán de Literatura en el 88, el Nacional de Lingüística y Literatura en 91, el de Creador Emérito en 1993 y el FIL de Literatura en 2007.

Sostuve esta entrevista con el escritor varios meses antes de diciembre de 2013, fecha en que le entregaron dos reconocimientos más. Uno, el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Guadalajara; dos, el Premio Internacional Alfonso Reyes que le otorgó un jurado de instituciones universitarias mexicanas por “su vasta obra” compuesta por “tres sólidos, ambiciosos y luminosos ejercicios de indagación en nuestras tres dimensiones: el lenguaje, el cuerpo y el tiempo”, según comunicado del Instituto Nacional de Bellas Artes.

Además, cuando llevé a cabo esta charla, habían pasado seis largos años del entonces más reciente de sus premios, el FIL de Literatura del 2007. Así que esta periodista consideraba oportuno insistir en la ingratitud de los certámenes que, algunas veces, sin mucho rigor profesional del jurado, premia la amistad, los lazos amistosos, o lo política y oportunamente correcto, no la calidad de la obra. De nuevo, remacho en el Nobel:

—Un galardón tan importante como el Nobel de Literatura lo merecían Joyce y Borges, ¿no cree?

—Lo que pasa es que tiene mucha importancia porque le hemos dado esa mucha importancia. Pero una Academia, un grupo de 15 o 20 suecos, por ilustrados que sean, no están realmente capacitados para decidir cuál es el mejor escritor del mundo en chino, español, o en polaco, porque no hablan ni leen en todos los idiomas, leen sobre todo traducciones al inglés, al alemán, al francés, pero de esos tres idiomas y del sueco no salen; por tanto, ese grupo no tiene por qué ser el árbitro final de la literatura planetaria.

—Tal vez sobrevaloramos a la Academia Sueca...

—Sí, tal vez. Y también me parece que la mayor parte de los Premios Nobel de Literatura ha sido bien dada, pero hay muchos que no, como en los casos del español José Echegaray [en 1904], el polaco Henryk Sienkiewicz [en 1905] y la norteamericana Pearl S. Buck [en 1938], que uno dice, de dónde, o por qué se los dieron, ¿no? Y hay otros que están bien otorgados. Pero que no lo hayan ganado Tolstoi, Proust, Zola, Borges, Joyce es inexplicable.

—Y en México, ¿quién debió ganarlo que ya no vive? Y de los vivos, ¿quién lo debiera ganar?

—Pues no sé, porque no soy juez.

—Por ejemplo, ¿Juan Rulfo lo debió obtener?

—Bueno, Rulfo fue un gran gran escritor que manejó con una enorme destreza y genio una especie de español rural que él inventó, que es muy difícil de traducir; con toda su belleza, no es exactamente un español universal.

Y sin desprenderse un segundo de su caballerosidad y sutileza, el escritor sale del atajo al que quiero llevarlo: “lo que pasa es que su pregunta me pone en un pro-

blema; no puedo contestarle si Rulfo merecía o no el Nobel, ¿por qué? Eso no lo puedo juzgar yo”.

Y allí cerramos el tema de los premios.

#### ROMPER EL SILENCIO

Para el 2013 Fernando del Paso sumaba seis años de voluntario silencio mediático. Un día tomó la decisión de no dar más entrevistas; las últimas las ofreció en 2007, donde su voz de bajo profundo hizo enmudecer a sus interlocutores, cuando anunció: “no volveré a escribir más novelas”.

Sus lectores y admiradores también quedamos sin aliento. Él no sólo deseaba que los periodistas lo dejaran respirar, también cerraba la etapa de entretener la ficción con sus vivencias y pasajes de la historia, como lo hizo en sus tres novelas capitales.

Pero esa decisión no significaba dejar de escribir. No, ¡por favor! Del Paso nació historiador, escritor y aprendió el arte de investigar pese a la inquietante incomodidad de vivir entre papeles de archivos, bibliotecas y hemerotecas. Desde hace más de ocho años, esas tres virtudes las ha puesto al servicio de una obra todavía más monumental y temeraria que sus tres principales novelas: ahora quiere contar el desarrollo y la expansión del islam y el judaísmo en el mundo. Bajo el título general de *A la sombra de la historia* ya apareció el primer tomo (en el Fondo de Cultura Económica), el segundo está por salir a la calle y hoy, rodeado de un mar de libros, Del Paso se disciplina para dar vida al tercero.

En esta serie no hay ficción. Pura historia. Así, le ha dicho adiós a su habilidad de equilibrista; en nuestra charla, Del Paso reconoció que mientras ejerció su oficio de novelista, se la pasó haciendo equilibrios. “Sí: equilibrios entre la literatura y la historia”. ¿Qué son *José Trigo*, *Palinuro de México* y *Noticias del Imperio* sino eso?

#### EL ABUELO JOSÉ, LA MEDICINA Y LA HISTORIA

La primera vez que entrevisté a don Fernando del Paso fue en 1999. Me parecía indispensable incluir el testimonio de su infancia en mi libro *Cuando los grandes eran chicos*, que preparaba. En la sala de su espacioso departamento de la Glorieta Chilpancingo, en la Ciudad de México, me convidó deliciosas imágenes de su niñez, como estas:

“Yo nací en el número 150 de la calle Orizaba. Creo que soy uno de los escritores vivos que todavía vino al mundo en una casa y no en una maternidad. La casona perteneció a mi abuelo materno, que se llamó José Morante y que en *Palinuro de México* está representado por el abuelo Francisco.

“Uno de los parientes que más me fascinó en mi infancia fue mi tío Zoltan Mester. Él era húngaro y tuvo una vida fantástica. [...] Ese personaje me inspiró una novela que comencé a los trece años de edad, pero que no terminé. En esa obra, el protagonista era yugoslavo, y recuerdo que yo lo recreaba haciéndolo llegar a una taberna y ordenándole al mesero que le trajera una paprika asada. En aquella época, yo pensaba que la paprika era un animal...”.

Y soltó una suave y modulada risa. Todavía hoy tengo esa sonoridad en mi oído... Aquello fue en esos años, hoy lejanos. Luego, Del Paso fue a residir a Guadalajara, Jalisco, a dirigir la Biblioteca Octavio Paz, de la que hoy todavía se hace cargo.

A inicios del 2013 lo busqué para entrevistarlo. Sabía que vendría por pocos días a la Ciudad de México. Lo convencí y rompió el sello de silencio mediático que se impuso. Lo fui a buscar a su domicilio, donde hoy ya no hay glorieta. Nos acompañó su única y querida hermana Irene. He aquí el resultado de esa charla:

—¿Es cierto que su tío fue don Francisco del Paso y Troncoso?

—Claro que sí. Soy sobrino bisnieto de Francisco del Paso y Troncoso.

—Recuerdo que me contó que su abuelo José fue quien más influyó en usted para amar la lectura, ¿también para hacer literatura?

—Sí, porque él mismo era un personaje que parecía de novela y a quien recreo en *Palinuro de México*, una obra que conjuga tiempos verbales distintos, recrea la persona que fui, la que pude ser, la que quise haber sido.

—Y allí recrea a ese abuelo...

—Sí, el abuelo José, quien tenía una pierna más gorda que la otra y decía que había nacido en Bagdad y, efectivamente, había nacido en Bagdad... en un pueblecito de Tamaulipas que se llamaba así.

Y Fernando del Paso detiene el relato para reír en tono bajo.

—Ese abuelo está en buena parte de su obra, porque en *José Trigo* habla del movimiento ferrocarrilero y su abuelo trabajó en los ferrocarriles.

—Sí, él comenzó como peón de vía, muy humildemente, y llegó a conquistar otros niveles. Luego se metió en la política y ascendió a senador, presidente de la Cámara de Senadores y gobernador interino de Tamaulipas; él era básicamente un político.

—¿Por qué hizo usted estudios de economía, alguna vez ejerció la carrera?

—Sí hice esos estudios, pero no trabajé de economista. La verdad yo quería ser médico y estudié el bachillerato de biología dispuesto a ingresar en la Escuela Médico Militar, que para medicina era la mejor de América Latina; aunque ahora soy antimilitarista definitivamente. Pero me enamoré de Socorro, quien es desde

toda la vida mi esposa, a quien conocí en la preparatoria de San Ildefonso y me di cuenta de que no podía estudiar medicina y estar casado. Entonces desistí de la carrera y estudié dos años de economía, con objeto de ser licenciado en economía y tener un buen salario, pero al fin de cuentas me fui a publicidad, empecé a ganar muy buen dinero y dejé la economía.

—¿No se vio en ningún momento tentado a regresar a estudiar medicina?

—Mientras escribía *Palinuro de México*, que es la historia de un estudiante de medicina que muere en el conflicto del 68, yo pensé que estaba frustrado, pero cuando acabé el libro se me terminó la frustración, porque me di cuenta de que lo que más me interesaba de la medicina como de la economía eran los aspectos románticos y literarios de ambas, entonces no me frustré.

#### LIBROS GRANDES ¿GRANDES LIBROS?

Le pregunto si estuvo en alguna escuela de escritores y me ofrece un rotundo no, sin rendija para réplica. (Qué raro, me digo en silencio; su biografía oficial dice que estuvo becado por el Centro Mexicano de Escritores). Respira hondo. Y desde dentro de esa caja sonora, sale una explicación: “Además, no se puede enseñar a escribir. Es posible estimular y guiar en sus lecturas a quienes ya tienen la vocación, criticar lo que escribe, orientarlo: pero enseñar a escribir, imposible”.

—Escribe usted una obra temprana: *El estudiante y la reina*, de 1959, ¿cómo la juzga hoy?

—Es un cuento muy influido por uno de William Faulkner que se llama *Una rosa para Emily* [1930]. Pero yo no me he arrepentido de nada de lo que he escrito. Pienso que eso no lo escribiría ahora, pero lo escribió un Fernando del Paso que tenía veintitantos años y no lo culpó. Me parece muy bien: era otro yo.

—*José Trigo* se publicó en 1966 y al año siguiente *Cien años de soledad*, con un éxito que se prolongó más de diez años. ¿*José Trigo* quedó opacada por *Cien años...*?

—No lo sé... no lo sé, pero son dos obras completamente distintas. Cuando uno lee ambas se da cuenta de que es mucho más fácil que una escritura como la de García Márquez alcance una mayor popularidad, muchísima, que un libro como *José Trigo*, que es muy difícil de leer.

—¿Se le hace difícil de leer?

—Pues sí, porque lo escribí para que fuese difícil de leer.

—¿De verdad?

—Y creo que tuve éxito.

Ríe, o más bien sonrío; o se ríe de mi asombro. Y complementa, piadoso: “Bueno, no fue así exactamente, pero me di cuenta de que lo que yo estaba haciendo no iba a ser muy popular, pero no me importó”.

—Es un libro que tiene mucha historia, lecciones de historia...

—Hay mucha historia y diría que varias historias, incluidas las represiones ferrocarrileras y la Cristiada; allí está en buena parte la historia de los cristeros. Pero además quise hacer un gran experimento con el lenguaje castellano, incluyendo arcaísmos, neologismos, urbanismos, nahuatlismos, aztequismos, etcétera; acumulé un gran número de palabras, de dichos, de refranes, y eso lo complicó un poco.

—Pero le pone un reto al lector...

—Sí, es un reto realmente.

—De hecho, todos sus libros son un gran reto para el lector...

—Pues yo supongo que para mis libros se necesitan lectores de cierta experiencia. Hoy, a mi edad, me da gusto que todavía hay jóvenes, mujeres y hombres, de 18 o 20 años a quienes les encanta *Palinuro*, por ejemplo. Entonces, me parece muy bien haber escrito para otras generaciones, no nada más para la mía y mis amigos.

—¿Por qué la bautizó *Palinuro*?

Y el profesor de historia, que también lo es por vocación, abre una ventana imaginaria para mirar por el retrovisor del pasado, años ha, a Eneas, héroe de la Guerra de Troya, en la *Eneida*, de Virgilio.

—*Palinurus* se llamaba el piloto de la nave de Eneas en la *Eneida*. Palinuro se queda dormido en el timón, cae al mar y las aguas lo arrastran hasta el Cabo Palinurus, que así se llama hasta la fecha. Y allí, cuando está dormido, los habitantes le quitan la ropa y lo matan. Yo conocí la leyenda de Palinuro, no tanto por la *Eneida*, sino a través de un gran escritor inglés que fue Cyril Connolly [Cyril Vernon Connolly, 1903-1974], que publicaba artículos literarios maravillosos en un periódico inglés; Connolly firmaba con el pseudónimo *Palinuro*. De él leí *La tumba sin sosiego*. Y ese fue un libro que definió *José Trigo* y toda mi obra.

*La tumba sin sosiego: el ciclo verbal de Palinuro* a la que se refiere Fernando del Paso se publicó por primera vez en español en 1944, en la Editorial Sur, de Victoria Ocampo. La traducción estuvo a cargo de Ricardo Baeza que muchos dicen fue espléndida. La UNAM hizo otra edición en 1999.

En esa pieza, mezcla de ensayo y biografía, Connolly dice: “La función genuina de un escritor es producir una obra maestra. Ninguna otra finalidad tiene la menor importancia”.

A este respecto, Del Paso agrega:

—En aquellos años de la publicación de *La tumba sin sosiego*, Cyril Connolly ya hablaba de los demasiados libros; imagínese, ya para él en los años cincuenta se habían publicado demasiados y decía que no tenía objeto hacer uno más, si no se tenía la finalidad de crear

un gran libro; o por lo menos tener el propósito, aunque no el resultado. Y esa lección la tomé yo para escribir mis novelas. Son los míos no grandes libros, pero sí libros grandes.

Y ríe él, y también Irene, esa hermana que lo escucha con amor y admiración.

—Sus novelas son los dos conceptos: grandes libros y libros grandes...

—Pues muchas gracias.

Y se compone con la mano el saco y el cuello de la impecable camisa.

#### EL ARTE DE ESTIRAR EL CORDÓN UMBILICAL

—La única novela que escribió en México es *José Trigo*; las otras las hizo en Londres y París.

—Sí; sin embargo, todas las escribí en México porque, como el caracol, me llevé mi casa, mi patria, sobre la espalda. Yo tengo la teoría de que los mexicanos no nos cortamos el cordón umbilical, sino que nada más lo estiramos... ¡y entonces duele más!

Y reímos. Y contagiarnos a Irene, esa hermana que llegó al mundo de Fernando nueve años después que él; y entonces lo destronó del sitio de hijo único. Pero se adoran.

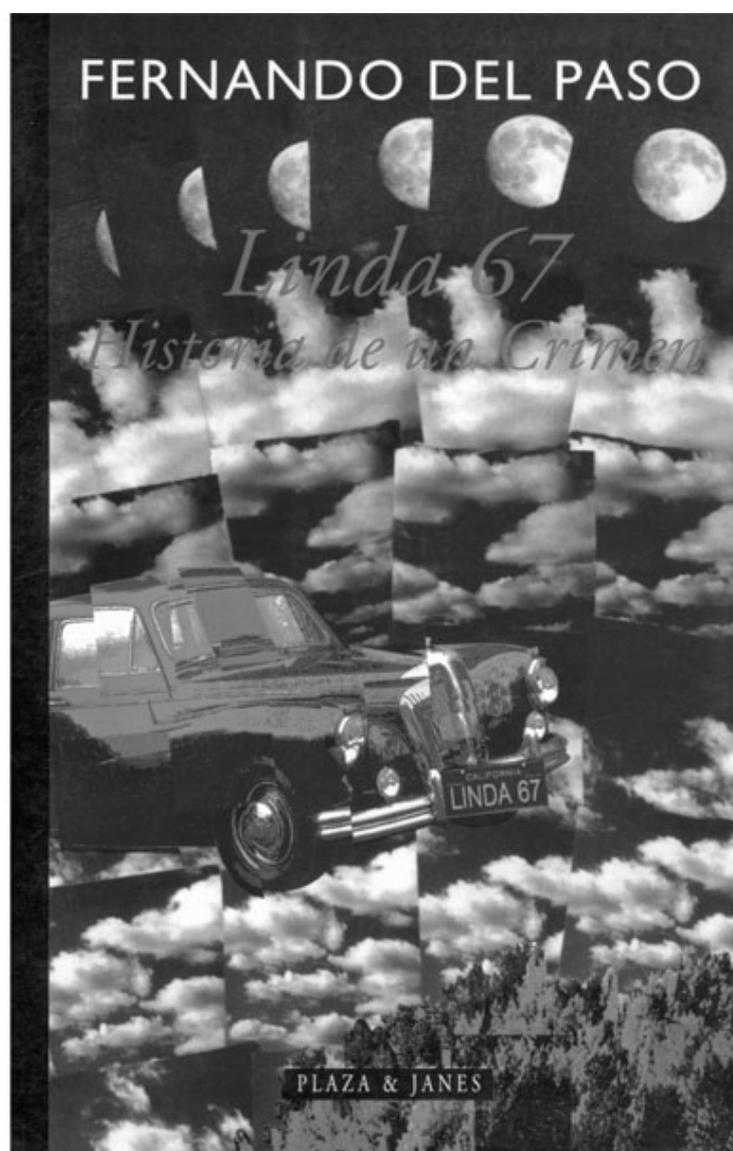
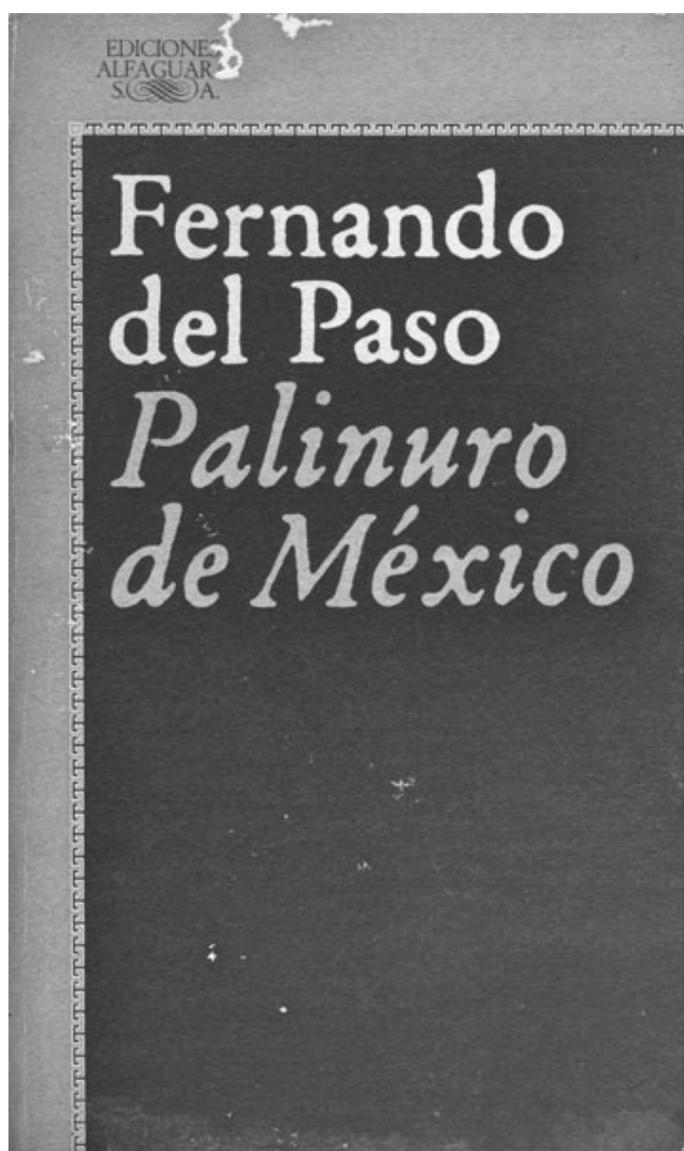
—Ni siquiera enterramos el cordón, ¿verdad?

—No, ni siquiera lo enterramos, lo estiramos... Y cuando hay un océano de por medio, duele más —otra tanda de risa—. Cuando uno se va a Estados Unidos, como lo hacen tantos migrantes mexicanos, pues a esas personas les queda el consuelo que, aunque sea en burro o a pie, pueden regresar. Pero con un Atlántico de por medio, el exilio es más duro.

—Pero usted debe tener un cordón umbilical muy elástico...

—Sí, muy elástico —y brota la carcajada discreta de todos—. En mi obra siempre está México; de hecho, *Palinuro* se vuelve un personaje del 68 y muere en México (aunque en una fecha distinta), y *Noticias del Imperio* es una novela sobre México, toda ella.

—Sus tres principales novelas tienen mucha investigación, ¿es fácil lidiar con tantos datos?, ¿iba a bibliotecas?, ¿cómo hace sus libros?





Fernando del Paso al recibir el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Guadalajara, 2013

—Pues los hago con mucho trabajo. Iba a hemerotecas y bibliotecas, pero desde luego me cuidé de no confundir nunca el volumen del libro y la calidad de la información con la calidad literaria, esa ya es otra cosa. Ahí está el arte, lo demás es historia. Y sí, investigué mucho en la Biblioteca Británica, en el Museo Británico y en México en el Archivo General de la Nación y en la Hemeroteca Nacional.

Dice Fernando del Paso que a la documentación le dio el papel de la tortuga. Y a la imaginación el de Aquiles. Explica: —Uno sabe que en teoría Aquiles nunca gana: gana la tortuga, pero en la práctica Aquiles gana, porque gana la imaginación. Cuando escribí el último monólogo de Carlota dije: hasta aquí. Y hasta ahí fue. Si no, se hubiese transformado de una novela en un buque tan grande que se hubiera hundido. Alguien me preguntó un día: “Oiga maestro, ¿usted no sabe condensar? Porque *Palinuro* tiene 700 páginas”. Le dije: “Sí sé condensar: iba a ser de tres mil”, le respondí.

Y a reír se ha dicho.

Este *bon vivant* es alegre detrás de esa aparente seriedad gestual al hablar; alegre también el colorido de su ropa: saco claro, a cuadros negros y amarillos, corbata rosa pálido que cae bien sobre una camisa amarillo pollito; también trae alegría anímica pese a las enfermedades que lo aquejan estos años.

—¿Se considera usted un erudito, un hombre enciclopédico?

—Pues eso me dicen pero me hojean y no es así: me encuentran cosas que me fallan, pero sí creo que tengo

un conocimiento muy amplio, por ejemplo en *Palinuro* de la medicina; en *José Trigo* de la lengua castellana; en *Noticias del Imperio* de la historia de Europa y de México, y sobre todo de ese periodo maravilloso y surrealista de Maximiliano y Carlota en el país. Y sí, sí me documenté muchísimo, no de manera profunda, pero sí mucho.

—¿Extrañaba México?

—Le digo que el cordón umbilical siempre duele cuando está uno fuera de su país. Ahora, el amor por México creo que está muy bien expresado a través de *Noticias del Imperio* porque pongo ese amor en la voz de Carlota; su voz es la voz de la locura, pero de la lucidez, del rencor, del odio, de la nostalgia, es muchas voces conjugadas en un monólogo. Acuérdesse que el final dice: “Yo soy [...] la Emperatriz de la Mentira: hoy vino el mensajero a traerme noticias del Imperio, y me dijo que Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México”. México es la última palabra de *Noticias del Imperio*. Y la otra novela se llama: *Palinuro de México*. Digo, no soy patrioter, o procuro no serlo pero, si soy mexicano, pues soy mexicano, ¡qué le vamos a hacer!

AMAR LA HISTORIA. AMAR MÉXICO

—Usted ama la Historia... eso le viene de la infancia...

—Toda mi vida he estado haciendo equilibrios en la cuerda floja para no caer de plano en la literatura o

de plano en la historia y, por fin, hace algunos pocos años caí totalmente en la historia. Pero todo es historia en mis libros, me encanta la historia. Y claro que *José Trigo* no únicamente es la historia de un hombre, de unos ferrocarrileros y de una mujer, sino que es también la historia de los movimientos ferrocarrileros, de las represiones y, en buena parte, la historia de esa región mágica de la Ciudad de México que es Nonoalco Tlatelolco, donde se funda la antigua Tenochtitlan, donde cae también la gran Tenochtitlan, donde nace la primera iglesia de América, se escenifica el primer acto de fe de toda América y, por último, donde ocurre la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre, aunque en mi novela ocurre el 2 y 3 de años anteriores...

—Sus personajes son memoriosos, conversan mucho y son enciclopédicos, ¿así era su familia?

—Los personajes de *José Trigo* no eran enciclopédicos aunque sí sabían mucho la historia de los ferrocarriles. Los de *Palinuro* sí son un poco más sabihondos. Como narro en *Palinuro*, desde que yo era niño tuvimos en la familia un tío húngaro, un tío checoslovaco y un tío inglés, y se hablaba mucho en las sobremesas acerca de las dos guerras mundiales. Yo allí aprendí muchísimo; adquirir, por así decirlo, una tendencia cosmopolita que me marcó de una manera muy honda.

—Alguna vez usted me contó que la residencia de sus abuelos se convirtió en casa de huéspedes y llegaba gente de todo el mundo...

—Sí, había un japonés también.

—¿Usted se sentaba a escuchar las historias que los huéspedes contaban?

—Sí, sí, escuchaba a mi tío Zoltan, que se transformó en el tío Esteban en *Palinuro*. Después conversé mucho a solas con ese tío sobre sus experiencias; él nació en Budapest, en una familia judía aristócrata; estudió en Berlín, allí aprendió el francés; hablaba húngaro, alemán, francés, estuvo preso en Siberia, aprendió el ruso, viajó y vivió en Estados Unidos, luego vino a México y aprendió el español; una vida muy aventurera la suya.

—En *Noticias del Imperio* hay una referencia a un corresponsal del *Times* de Londres, que dice: “La única moral de México era el robo visto como objetivo principal de todos los partidos políticos”. ¿Cree que es vigente esa situación?

—No es que lo crea, más bien estoy convencido, es muy triste. Pero así es.

—¿Estamos peor?

—Pues no estamos mejor.

—Es una referencia a una situación de hace más de cien años...

—Claro. Y Carlota decía: en México no pasa nada. Y luego, un político mexicano, cuyo nombre no recuerdo, dice que en México no pasa nada. Y, cuando pasa, ¡no pasa nada!

Y hay risa de tristeza.

—La historia de México ¿qué le parece: surrealista, cómica o trágica?

—Toda la historia del mundo es trágica, es cómica y es divertida en el sentido de que lo divierte o distrae a uno de sus intereses absorbentes; la historia del mundo es maravillosa y es corrupta también.

—Según usted, ¿cuál es el rasgo característico de México?

—La historia de nuestro país se parece a la del resto de América Latina: fuimos los colonizados, no los colonizadores. Y todavía tenemos mente de colonizados; los europeos y los norteamericanos en ocasiones tienen mente imperialista; con esa carga vivimos todavía.

—¿Y nos la podremos quitar?

—No sé; tal vez, con el tiempo.

#### DIBUJAR, ESCRIBIR Y TRABAJAR PARA COMER

—Dibujaba usted desde niño, antes incluso de escribir. ¿Cuándo decide retomar esa disciplina?

—Pues cuando ingresé a trabajar en la BBC de Londres; por las noches, cuando yo era locutor tenía que leer en vivo el noticiero, diez minutos cada hora y en los cincuenta minutos restantes pasaban programas grabados durante mi turno. Por eso allí me dediqué a dibujar y descubrí que tenía que regresar a esa vocación.

—Y buscó darse su tiempo...

—Sí, claro; ya en la casa, entre *Palinuro* y *Noticias del Imperio*, compré material, tinta china, cartulina especial, colores y me dedicaba a dibujar un buen lapso.

—Y hoy ¿qué es dibujar para usted?

—Para mí no es un *hobby*, es otra vocación muy firme, que me nace muy de dentro y me gusta mucho dedicarme a ella. Es una forma distinta de expresarme, porque la literatura y la música se dan en el tiempo, las artes plásticas en el espacio. Y me agrada y me llena, pero hace muchos años que no dibujo porque estoy dedicado en pleno al libro sobre las religiones, un tema que es muy absorbente. Al final, la escritura sigue ocupando más tiempo en mi vida, digamos que es más fuerte mi vocación como escritor que la de dibujante.

Pues sí: escribir es su vida toda. Igual leer. Dice Del Paso que no lee: “devora” libros. A los 79 años, su apetito por ellos es inagotable.

—¿Siempre trabajó en otras tareas para poder escribir sus libros?

—Nunca he podido vivir de mis regalías, siempre he tenido que buscar un *modus vivendi* en la publicidad, en la radio, en la televisión, en la universidad. Incluso ahora que tengo unas regalías un poco mejores,

Fernando del Paso  
Escritura en voz alta  
Voz del autor



no podría vivir bien de ellas. Toda la vida he necesitado laborar en otras cosas para mantenerme y mantener mi hogar. Y también les robé horas a mis hijos: me empleaba en publicidad, en una oficina, de lunes a viernes de 9 a 7 de la noche; a veces trabajaba sábados y domingos y hasta muy noche.

—¿Y actualmente?

—Trabajo a diario desde las cinco de la mañana; estoy un poco con un año sabático permanente en la Universidad [de Guadalajara]. Bueno, ya era justo, a mi edad. Y la inspiración es difícil, hay que jalarla de los pelos para que venga, no es una cosa que se dé mágicamente, me refiero a la inspiración en la prosa; en la poesía ocurre otro fenómeno.

Remata comentando que toda su vida ha tenido horario para escribir. “Soy muy disciplinado”.

UN THRILLER

—Platíqueme de *Linda 67*, ¿por qué una novela policiaca?

—Bueno, yo he sido amigo de Álvaro Mutis toda la vida [en la fecha de la entrevista, Mutis aún vivía]. Y él me dio a conocer la colección El Séptimo Círculo, coordinada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares; era una serie sobre novela policial mundial. Yo llegué a leer como 50 o 60 títulos, la mayor parte de autores ingleses, pero también norteamericanos y franceses. Y no me parece un subgénero; me parece

un género aparte, donde abunda lo malo como en todo género. Me fascinó a tal punto que le dije a Mutis: “Yo voy a escribir una novela policiaca”, y me comentó: “No, tú no tienes talento para eso, se necesita una vocación especial”. Veinte años después recordé el reto, y escribí *Linda 67*, pero Mutis tenía razón: no hice una novela policial, sino un *thriller*, en el cual los mecanismos para mantener y acrecentar lo que se llama el suspenso son muy distintos a los de la novela policiaca.

Le digo que *Linda* es ídem, y sonrío. Irene lo mira agradecida cuando él nos recuerda que esa obra está precisamente dedicada a su hermana y a su esposo.

—*Linda 67* la publicó en 1995. ¿Por qué ya no escribe novelas? ¿Se cansó?

—Bueno, escribí una obra de teatro en verso sobre la muerte de Federico García Lorca, que se llevó a escena en Guadalajara; después caí redondo en la historia. Trabajo sobre la historia del islam y el judaísmo, de la que ya le platiqué.

UN JUNTADOR DE PALABRAS

—En su discurso “Soy un nombre de letras”, que leyó cuando ingresó al Colegio Nacional, dice que los escritores solo son *juntadores de palabras y de letras*. ¿Pero para juntarlas se requiere talento, no?

—Sí, y también para examinar cómo quedaron juntas, ¿verdad? No es una cuestión de azar aunque a veces interviene; pero somos juntadores de palabras, algo así como linotipistas que escribiéramos directamente nuestros textos.

—¿En cuál de sus libros intervino el azar?

—En *Poemar*, mi más reciente libro de poemas que publicó el Fondo de Cultura Económica, hace unos 3 años. Allí está el azar porque interviene la escritura automática, es decir, un método surrealista para escribir. *Poemar* fue una obra que trabajé durante dos años porque tenía muchas ganas de hacerla y ahí está el libro, que contiene décimas, sonetos, verso libre, rima asonante, rima consonante, de todo un poco.

—Era niño cuando escribió su primer poema, dedicado a su madre.

—Sí, a los diez años; todavía me gusta y lo guardo.

—¿Cuándo regresó a la poesía?

—Con los *Sonetos de lo diario*, que me publicó Juan José Arreola en Cuadernos del Unicornio. Pero en la escritura de poesía sí interviene la inspiración, que es algo mágico; uno no puede sentarse y decir: hoy voy a escribir un poema, así no sale. Ahora bien, el soneto, que es muy elaborado, sí puede uno irlo haciendo en la cabeza durante varios días, hasta que todo ajusta; tiene que ver con la métrica, el ritmo y la armonía.

—Ya tiene nietos. Si alguno quisiera escribir, ¿lo alentaría?

—Obviamente yo sería su maestro, lo alentaría a leer mucho, a leer como alimentación. Para mí sería maravilloso pero no se ha dado el caso; tengo cinco nietos y ninguno se ha inclinado por la literatura. Una nieta sí por la política, otra por la filosofía, en fin.

—¿Y sus hijos?

—Bueno, se interesan en los libros porque son buenos lectores, que es la segunda parte de la literatura. Los escritores sin buenos lectores no tendríamos sentido.

—¿Tiene una gran biblioteca en casa?

—No, solo unos tres mil libros, me parece muy pequeña; y allí hay muchos que no he leído y también he leído muchos que no están ahí; los consulté en bibliotecas públicas en distintos países.

—¿Cuál será el destino de su biblioteca?

—Los volúmenes que son de arte e historia del arte están destinados a una de mis hijas, y los de literatura y ensayo literario a otra. Y el resto quizá lo entregue a la Biblioteca Vasconcelos.

El Fernando del Paso con quien me he encontrado en esta segunda ocasión sin duda evidencia el correr de los años. Su estatura parece un tanto menguada porque su cuerpo ha perdido peso. El cabello es más blanco y más escaso. Lo único que sigue igual es su timbrada voz, los anteojos de ancho armazón, el gusto para vestir y la gentileza a prueba de casi todo.

—¿Lee a los jóvenes escritores mexicanos?

—Leí muchísima literatura mexicana, pero desde hace quince años no leo literatura sino historia, nada más. Fui muy amigo de Rulfo, muy amigo, y de Juan José Arreola, muchísimo.

—¿Pero hoy no tiene mucho contacto con los literatos nuevos?

—Hoy tengo una vida solitaria.

—¿Cómo es su vida en Guadalajara? ¿Sigue cerca de la Biblioteca Octavio Paz?

—Bueno, resuelvo la grilla mayor, no la menor; tengo una administradora que me sirve para amortiguar muchas cosas, pero estoy casi en un año sabático permanente. Mi obra sobre la historia del islam y el judaísmo la dediqué a la Universidad de Guadalajara, que me ha dado el tiempo y la facilidad económica para hacerla. Estoy consagrado a eso: me levanto a las cinco de la mañana y escribo en las mejores horas del día: de las cinco a las diez. Desayuno, luego escribo otro poco; leo mucho, tomo apuntes. Esa es mi vida: escribir y leer mucho.

Acercándose a los 80 años de edad, Fernando del Paso dedica diez horas diarias a eso que llena su existencia. Es un hombre acostumbrado a la disciplina.

—¿Cómo le gustaría ser recordado?

—Pues como escritor; sí, porque la historia es también una escritura; la historia también se imagina; tiene una buena cantidad de imaginación como ingrediente, tanto del autor como del lector: yo nunca me desayuné con Bolívar ni estuve con Churchill en ninguna batalla, pero puedo imaginar esas escenas.

—El lector también tiene que hacer esa tarea...

—Sí, claro, hay que imaginarse lo verosímil en la historia, no lo inverosímil. Y en la literatura también, a menos que uno quiera aburrir al lector porque le cuenta cosas en las que él no cree. Se puede hacer fantasía pero creíble, como en los buenos cuentos de hadas.

—¿Cómo complementarías esta frase: “yo conocí a Fernando del Paso, que era...”?

—Una buena persona, con mucho sentido del humor.

Y para confirmar lo dicho: reímos. Él deja escapar una risa fresca y contagiosa. Irene ríe discreta, mientras empuja su pañuelo con unas cuantas lágrimas que ruedan por sus mejillas. **u**

# Noticias del Imperio

*Fernando del Paso*



DIANA *abcdefghijkl* LITERARIA